

ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS  
DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Comisión Permanente 2021-2022

D. Santiago Muñoz Machado  
[Real Academia Española]  
*Presidente*

D. Francisco Javier Pérez  
[Academia Venezolana de la Lengua]  
*Secretario general*

D. Manuel Gutiérrez Aragón  
[Real Academia Española]  
*Tesorero*

D.<sup>a</sup> Margarita Vásquez Quirós  
[Academia Panameña de la Lengua]  
*Vocal*

D. Jorge Ignacio Covarrubias  
[Academia Norteamericana de la Lengua Española]  
*Vocal*

D. César Armando Navarrete Valbuena  
[Academia Colombiana de la Lengua]  
*Vocal*



Colección  
Clásicos ASALE, 14

D. Francisco Javier Pérez  
*Coordinación*



CLÁSICOS ASALE ~ 14

Félix Restrepo

# El alma de las palabras

*Necesidad del movimiento  
semántico*

Edición de  
César Armando Navarrete Valbuena



ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS DE LA  
LENGUA ESPAÑOLA

Madrid  
2023

ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS  
DE LA LENGUA ESPAÑOLA



Con la colaboración de la  
Fundación José Manuel Lara



Primera edición: febrero, 2023

© del texto: herederos de Félix Restrepo, 2023  
© de la edición: César Armando Navarrete Valbuena, 2023

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia  
Maquetación y diseño: Manuel Rosal

Este libro no podrá ser reproducido,  
ni total ni parcialmente,  
sin el previo permiso escrito de la ASALE.  
Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-19132-17-8  
Depósito legal: SE 49-2023  
Printed in Spain—Impreso en España

## Índice

Presentación . . . . .	9
Nota editorial. . . . .	25

*El alma de las palabras.*

*Necesidad del movimiento semántico*

Capítulo I. Variaciones de las cosas . . . . .	31
1. Cosas que desaparecen . . . . .	31
2. Cosas nuevas que se van conociendo . . . . .	36
3. Aplicaciones nuevas de las cosas . . . . .	39
4. Mudanzas de las cosas mismas . . . . .	40

Capítulo II. Modificaciones de los conceptos . . . . .	44
1. Por aclaración . . . . .	44
2. Por distinción . . . . .	47
3. Por análisis. . . . .	48
4. Por coloración. . . . .	50

Capítulo III. Intervención de los sentimientos . . . . .	53
Capítulo IV. Movimiento de los vocablos . . . . .	73
1. Dislocación . . . . .	73
2. Ennoblecimiento. . . . .	75
3. Envilecimiento . . . . .	77
4. Pérdida . . . . .	80
5. Arcaísmo . . . . .	86
Bibliografía citada . . . . .	91



## Presentación

César Armando Navarrete Valbuena

(Academia Colombiana de la Lengua)

En el panorama histórico de los estudios lingüísticos y filológicos en Colombia encontramos aportes valiosos de lingüistas connotados desde los estudios de las lenguas indígenas, pasando por la Conquista y la Colonia, hasta nuestros días. Dentro de ese devenir histórico hay un periodo, que don Rafael Torres Quintero llamó florecimiento (1867-1910), caracterizado por la producción intelectual de don Miguel Antonio Caro, don Rufino José Cuervo y don Marco Fidel Suárez, entre otros filólogos importantes de la época, en la que salen a la luz la *Gramática de la lengua latina para el uso de los que hablan castellano*, de Caro y Cuervo, y las *Apuntes críticos sobre el lenguaje bogotano*, del segundo; y con motivo del centenario del nacimiento del tercero (1881) el *Ensayo sobre la 'Gramática castellana' de don Andrés Bello*, de don Marco Fidel Suárez.

A este periodo le siguió el estancamiento (1910-1940), al que algunos estudiosos e investigadores se resistieron, entre ellos el filólogo, humanista, sacerdote jesuita, académico y docente antioqueño Félix Restrepo Mejía que, formado dentro de los cánones ignacianos de la *Ratio Studiorum*, se empeñó en producir una obra en cada etapa de su preparación sacerdotal, pues cuando cursa estudios de humanidades en Burgos (1906-1908), descubre su vena de escritor traduciendo del francés al español la *Anthología mirrá* de Auguste-François Maunoury que la considera importante para la enseñanza del griego, juzgada por Eustasio Fernández de Cabo, en *Razón y fe*, como «método excelente para aprender la lengua griega con facilidad, con gusto y provecho».

Continuó su formación para obtener la sotana con los estudios de filosofía en el Colegio de San Francisco Javier de Oña, época en la que con su compañero Eusebio Hernández escribe la *Llave del griego*. En el Colegio San Ignacio de Valkenburg aprendió alemán, se enteró de las investigaciones recientes de la ciencia del lenguaje y se apropió del método científico que aplicó en su ensayo *El alma de las palabras. Diseño de semántica general*, obra que terminó en 1911 y la publicó en 1917 en la Imprenta Editorial Barcelonesa, cuando los

estudios del lenguaje alcanzaron la categoría de ciencia por su objeto de estudio e implementación del método científico. La *Llave del griego* y *El alma de las palabras* le dieron fama de filólogo al sacerdote egregio. Cinco años después de ejercer el magisterio en Colombia, regresa a Oña para estudiar teología (1916-1920). Enfoca todas sus energías en la formación de juventudes y por ello viaja a Múnich a doctorarse en Pedagogía. En pro de sus propósitos, visitó los principales centros de educación superior de Alemania, Francia e Inglaterra. Sus múltiples ocupaciones no fueron óbice para dedicarse a la filología, produjo obras importantes en este campo, pues «bien sabía él —dice don Rafael Torres Quintero— que es en el idioma donde la humanidad ha encontrado la plena expresión de su vida material y espiritual, y por consiguiente que, quien toma a su cargo la enseñanza del idioma, emplea el más apto de los instrumentos para educar y ennoblecer al hombre» («El padre Félix Restrepo, educador y filólogo», en *Revista Javeriana*, tomo XI, julio 1954, núm. 196, p. 7). Su interés por la filología lo plasmó en la ley 5ª de 1942 que creó el Instituto Caro y Cuervo con fines de investigación filológica y lingüística, en su dedicación a la Academia de la Lengua y a la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá.

El padre Félix, que con su misión evangélica y la formación de juventudes se empeñó en transformar la sociedad, concibió su ensayo *El alma de las palabras. Diseño de semántica general*, para la enseñanza y comprensión del lenguaje, con pensamiento metódico, claro y sencillo, valiéndose del silogismo.

Si las palabras son el reflejo de las cosas, ideas y sentimientos,  
y estas cosas, ideas y sentimientos cambian,  
luego las palabras cambian.

Sin detenerse a filosofar sobre las premisas, se centra en la conclusión que desarrolla en tres partes:

En la primera, da razón de por qué una lengua está sujeta a continuos cambios semánticos. Ya el botánico y comparativista August Schleicher había considerado las lenguas como organismos vivos que nacen, crecen, se reproducen y mueren.

En la segunda, explica cómo se forman nuevas expresiones, cómo estas cambian de sentido y cómo desaparecen las palabras, asimismo presenta una clasificación lógica.

Y en la tercera, explica los hechos dados en los procesos psicológicos del individuo para formar nuevas palabras o cambiarles de sentido, y las influencias

sociales para su uso común. En definitiva, hace eco al hecho irrefutable de uno de los universales lingüísticos que sostiene: todas las lenguas cambian por cuanto son un producto social, por ende, están expuestas a las contingencias del proceso histórico.

Describamos, a grandes rasgos, el contenido de estas tres partes, desarrolladas en catorce capítulos, que conforman este ensayo:

En «Variaciones de las cosas», inicio de la parte primera, da razón en cuatro capítulos de las causas de los cambios semánticos.

**1. Algunas desaparecen** porque el tiempo las va echando en el olvido y solo unas pocas conservan sus nombres como testimonio de su existencia «Como las antigüedades no salen de los museos, así los términos antiguos no salen de las obras arqueológicas y filológicas, y muy raros son los que entran de nuevo en el tesoro de la lengua», afirma el autor.

**2. Otras son nuevas** por la tecnología, los nuevos conocimientos, doctrinas, costumbres, industrias, ciencias, descubrimientos, etc. Este fenómeno es evidente en la actualización del léxico de cada idioma, por ejemplo, en el *Diccionario panhispánico de dudas*, proceso marcado por su frecuente

uso como criterio esencial de aceptación de lemas nuevos.

**3. Nuevas aplicaciones de las cosas conocidas**, pues un mismo elemento de acuerdo con su aplicación o uso recibe nueva denominación, y lo mismo sucede con las especializaciones laborales de los humanos.

**4. Mudanzas de las cosas mismas.** «Todo cambia, nada permanece» (Heráclito), en este devenir de los vocablos influyen dos circunstancias, los estados accidentales de una misma cosa y el cambio de los objetos sin que el nombre se mude.

Estas consideraciones, ejemplificadas con erudición sólida, además de ser causas de cambios semánticos, son factores del enriquecimiento del vocabulario.

En el capítulo segundo «Modificaciones de los conceptos». Determina cuatro maneras de cambio de los conceptos de una misma cosa: por aclaración, por distinción, por análisis y por coloración. Los conceptos sobre un mismo objeto pueden variar por la concepción o por el afecto intenso o por la percepción o por el espíritu estético que procura ser útil y elegante.

«Intervención de los sentimientos». Capítulo tercero en el que tiene en cuenta la palabra como reflejo de las ideas y de los sentimientos del hablante y su

función conativa. El reflejo del ánimo en la expresión se puede dar por la exageración y por la acumulación de términos análogos. «Este recurso emotivo del lenguaje, que consiste en hacer hincapié sobre una misma idea con varias palabras, ha contribuido a la formación de aquellas frases hechas, en las cuales a la palabra principal se le añade un consonante que la refuerce, con lo cual, a veces, adquiere este un nuevo sentido, aunque no independiente de la combinación rítmica, como *el oro y el moro*».

Los hipocorísticos denotan la influencia de los sentimientos en los cambios semánticos, originando nuevos términos. Por cariño o por desdén se resemantizan algunos términos. El pudor y la pulcritud ejercen gran influjo sobre las palabras creando eufemismos y desechando palabras bastas por más pulidas. El envilecimiento de algunas palabras corrientes por un sentimiento ruin de malicia donde no la hay. También la superstición puede excluir algunas palabras y dar nacimiento a otras. Así como el sentimiento estético utilizado por grandes pensadores como Juan de Mena, Góngora y Rubén Darío, quienes fueron forjadores de nuevas expresiones. «En la expresión de los sentimientos y afectos hay ancho campo donde autores geniales pueden enriquecer la lengua, pues es

grande la falta de expresiones que experimenta quien siente hondo y quiere manifestar con viveza lo que siente», concluye el autor.

Cierra la primera parte del ensayo el capítulo cuarto con «algunas palabras que por dislocación o por muerte desvían su significación». En el primer caso el nombre de un objeto pasa a significar otro, dejando un vacío que hay que llenarlo, esto ocurre por la tendencia a exagerar.

El ennoblecimiento de algunas palabras que de condición ordinaria se elevan y dignifican, pero también suceden cambios semánticos por el fenómeno contrario, el envilecimiento por la desaparición del eufemismo, como una de sus causas.

Suelen perderse algunas palabras por dificultad morfológica, por homofonía o por ignorancia, por ende, deben inventarse nuevas. El arcaísmo se va desvaneciendo por efecto de la multiplicación de sinónimos, en los que puede suceder que las palabras sigan expresando su matiz correspondiente, o no llenen un vacío, o que un sinónimo exprese la idea con más precisión.

Así da razón del porqué y el cómo mueren las palabras y del continuo enriquecimiento del lenguaje.



La segunda parte de este escrito trata sobre los «Modos del movimiento semántico», consecuencia de la formación de nuevas palabras por derivación, proceso dado mediante la adición de un afixo o por analogía o parasíntesis; composición, trasplantación, calco de voces extranjeras y agregación

El lingüista argentino Juan B. Selva, en el *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, comenta la obra que hoy ocupa nuestra diligencia y explica que los prefijos son parte de la composición mas no de la derivación. Entre otros comentarios agrega la onomatopeya como factor creativo y de implicaciones estilísticas, apoyado en los conceptos de don Rufino José Cuervo, Meyer-Lübke y K. Nyrop. Pero, tanto el autor como el comentarista no tratan aquí los acrónimos, las siglas y los acortamientos, procedimientos muy socorridos para la formación de nuevos vocablos, sin embargo, el padre Félix se refiere a estos últimos en el capítulo XIII de su ensayo.

Otros movimientos semánticos vienen dados por las metáforas, que las hay eruditas y populares tanto en lo material como en lo inmaterial. El autor nos invita a profundizar en el tema cuando dice: «Sería muy interesante estudio el recoger en nuestra lengua y en general en los romances todos los términos tomados

de las aficiones y ocupaciones de nuestros mayores: la navegación, el comercio, la agricultura, la guerra, las costumbres caballerescas, la caza, etc.».

Por la metonimia entendida como las relaciones de lugar, del continente al contenido, y viceversa, de la parte por el todo, del agente al instrumento y viceversa, de tiempo y el significado por el signo y viceversa se puede dar origen a la traslación del nombre, enriqueciendo de esta forma el léxico.

Por la especialización, caso en que un nombre general se aplica a una idea determinada, se presenta generalmente en los sustantivos, adjetivos y participios pasivos. La diversificación cuando dos cosas muy distintas pueden tener un nombre equivalente y la distribución que consiste en dar un mismo nombre a cosas diversas, son dos fenómenos que se relacionan con la especialización. Pero puede suceder lo contrario, que un término de significado restricto se extienda a significar muchos objetos, esto es la generalización que puede ser lógica o histórica. Por contera, expone en la segunda parte la comunicación entre los nombres de los conceptos abstractos y concretos que son de dos clases, de cualidad y de acción, esto lo llama metalogía. De esta forma expone los diversos modos de la evolución semántica.

Las influencias psicológicas y sociales, las considera en la parte tercera teniendo en cuenta al agente de los hechos semánticos y su contexto sicosocial. Trata dos aspectos, primero, la poca cohesión que hay entre las palabras y las imágenes o conceptos que ellas representan; segundo, los procesos psicológicos más importantes en la evolución inconsciente de los sentidos de las voces. Pero dejemos que sea el autor quien nos introduzca esta última parte.

Si tenemos en cuenta que para dos personas que hablen una misma lengua, casi no hay palabras que tengan idéntico significado y que para una misma persona el sentido de una voz no es determinado y fijo, entonces «una lengua hablada, por regular número de personas, está llena de cambios de sentido en germen, cambios que serán tanto más divergentes, rápidos y radicales, cuanto más aislados estén, y en circunstancias más diversas, los grupos que hablan dicha lengua [...] las palabras suelen tener más sentidos de los que uno se imagina». Ello depende del contexto, uso e interés del hablante. En su argumentación nos acerca a temas interesantes como el lenguaje básico y disponible en el niño, la polisemia y la fraseología o expresiones fijas, temas expuestos y profundizados por estudiosos de la lengua como Humberto López

Morales, Alberto Zuluaga y Antonia María Tristán, por mencionar algunos, en el español.

Trata, a continuación, tres casos de asociación que producen nuevas voces o explican el inconsciente cambio de sentido, a saber: la analogía, confusiones por la semejanza de sonido y confusiones por la semejanza de concepto.

Comulga con la importancia de la analogía con V. Henry quien afirma: «La analogía lingüística [...] no es solamente un agente indispensable, formador y perturbador a la vez de las voces de una lengua, puede afirmarse que es la esencia misma del hablar humano; inconcebible sería sin ella la inteligencia de un idioma».

Determina tres maneras en las que por el sonido se cambia el sentido de una palabra:

«1 — Se imagina uno que la voz nueva está emparentada con otra conocida, y por analogía deduce el significado. 2 — Sin ver con claridad que la voz nueva sea derivada de otra, deduce uno a tientas o por vagas reminiscencias el sentido. 3 — Finalmente, dos palabras de sonido semejante se consideran como una sola, en cuya pronunciación hay variedad».

En los fenómenos que prevalecen en el habla popular, afirma: «Si la semejanza de sonidos da pie para tan variadas confusiones, la semejanza de conceptos,

aun en voces de sonido completamente diverso, puede también ser ocasión de confusiones y por consiguiente de cambios de sentido». A estos añade los casos en que «las palabras que expresan las propiedades de las cualidades sensibles pasan con facilidad del dominio de un sentido al otro».

Aborda otros procesos psicológicos que enriquecen la lengua, precisando que «las ideas, ordenadas y relacionadas de cierto modo según la dirección que les imprimen las partículas que entran en la frase, quedan flotando sobre el grupo de palabras; se acogen a las principales, y en las otras admiten caprichosas variantes».

En el paso del sentido etimológico al práctico en donde el primero es su origen o razón en su formación y el segundo es consecuencia de oír o usar algunos términos que hacen de él un vocablo vulgar y común como otro cualquiera al que no se le reconoce ni valor estético ni descriptivo; ya que «en su desenvolvimiento semántico pierden hasta tal punto las palabras el sello de su origen, que llegan a significar, no pocas veces, todo lo contrario de lo que dice su etimología».

Finalmente, trata la influencia social en el sentido y enriquecimiento del lenguaje, teniendo en cuenta que los lenguajes particulares se aumentan por los

individuos, y la lengua general por los grupos sociales, sin desconocer su heterogeneidad y, por ende, la del lenguaje. «Hay, sí, un buen número de expresiones y términos comunes en todos los que hablan una misma lengua, pero la mayor parte del vocabulario de un idioma lo forman las palabras que no se usan de ordinario, sino en alguno o algunos de los grupos sociales».

Como es imposible determinar los aportes individuales al resultado general de la evolución lingüística, aconseja estudiar los aportes de cada grupo social, sin desconocer que no pueden influir todos de una misma manera. Proporciona algunas ideas para orientar a quienes deseen estudiar estos aspectos. Esta transmisión inductiva de enriquecimiento del lenguaje y su significación está dada por los medios de comunicación, la imprenta, la autoridad, el interés, etc., en la era de la globalización adquieren relevancia, en este proceso, las nuevas tecnologías. Para este fin, anima a los estudiosos e investigadores a señalar las frasecillas, dichos y refranes, que tienen su origen en el teatro popular español.

Es indescifrable el modo como una palabra adquiere o pierde su sentido al paso de los siglos, por eso «contentémonos, pues —dice el autor de *El alma de*

*las palabras*—, al menos con admirar las ramificaciones que forman con sus sentidos las palabras y con conocer las leyes que a este desarrollo presiden en nuestro espíritu que las produce, y en la sociedad humana que las adopta y perpetúa [...]. Es el lenguaje fiel depositario de la historia de los pueblos». Y afirma: «Como no pueden los sabios prescindir del pueblo ni este de aquellos, así no puede existir el lenguaje popular sin el erudito que le suministra el modo de subir al conocimiento de verdades superiores, ni el lenguaje erudito prescindir del popular, a donde tiene que acudir de continuo para refrescarse, remozarse, vigorizarse y enriquecer su caudal». Así lo han hecho eximios escritores que «supieron expresar altos conceptos en llanas palabras, y aunar el castizo lenguaje popular con la más culta y elegante forma en sus escritos».

Este presbítero paisa, filósofo del lenguaje, que adoptó el método científico con sus técnicas rigurosas juntamente con la filosofía y la lógica sobre las cuales discurre siempre la lingüística, fue uno de los primeros en adelantar estudios en Colombia sobre el hecho irrefutable de la transformación constante del vocabulario de las lenguas vivas.

El padre Félix bebió en las fuentes de investigadores europeos como Charles Bally, Michel Bréal, Arsène

Darmesteter, Friedrich Diez, Max Hecht, Ramón Menéndez Pidal y en las del sabio americano Rufino José Cuervo, quien realizó «los primeros tanteos de sistematización, mucho antes de que Bréal propusiera siquiera el nombre de *semántica* para estos estudios, [...] primero en sus célebres *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* (1865-72) y después en el *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana* (1886-1893)» (Rafael Torres Quintero, «Nueva invitación al estudio de la semántica española», en *El alma de las palabras. Diseño de semántica general*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1974, p. XLIX); entre otras fuentes no menos autorizadas para elaborar su ensayo, que parece estar programado para un curso de filología en donde contempla solamente las mutaciones en el nivel semántico, abriendo el interés por estudiarlas en los niveles sintáctico y fonológico, que sin duda son apasionantes.

Nuestros agradecimientos al secretario general de la Asociación de Academias de la Lengua Española, Francisco Javier Pérez, a su asistente Susana Benito Villar y a todas las personas que brindan las facilidades para la publicación de este ensayo en la Colección Clásicos ASALE.



## NOTA EDITORIAL

Para conformar la presente edición se ha seleccionado solo la primera parte de *El alma de las palabras. Diseño de semántica general*, titulada «Necesidad del movimiento semántico». Ella ofrece, germinalmente, tanto el planteamiento teórico que será desarrollado en toda la obra, como el erudito cuerpo de ejemplificación puesto a prueba.

Son varias las ediciones que se conocen de esta obra. La primera, de 1917, en la Imprenta Editorial Barcelonesa (Barcelona). Las bogotanas segunda (1939), tercera (1946) y quinta (1958), en la Librería Voluntad. La cuarta (1952), aparecida en México, por la Editorial Constancia. La sexta (1964), en Cali, por la Editorial Norma. La séptima, de nuevo en Bogotá, el año 1974, a cargo del Instituto Caro y Cuervo de 1974, que consideramos como la definitiva.

La edición parcial que hoy presentamos se ha hecho a partir de la séptima aparición de este importante estudio.



*El alma de las palabras*

FÉLIX RESTREPO



## PARTE PRIMERA

### NECESIDAD DEL MOVIMIENTO SEMÁNTICO

Siendo las palabras representación de las cosas y expresión de las ideas y sentimientos, si estos tres factores fueran invariables, y estuvieran perfectamente reflejados en el sistema de las palabras de una lengua, no habría razón, al menos objetiva, para que este sistema de palabras se alterara. Pero siendo variables las cosas, estando sujetos a multitud de modificaciones los conceptos y los sentimientos, y no teniendo ninguno de estos factores expresión adecuada y perfecta en lengua alguna, las palabras tienen que seguir, por una parte, el movimiento de estos tres elementos, y, por otra, tender a expresarlos siempre con mayor exactitud. Tenemos, pues, tres causas que hacen necesario el movimiento semántico: variaciones de las cosas, modificaciones de los conceptos, e intervención de los sentimientos; a las cuales se añade otra, a saber, que algunas palabras, por diversas causas, se desvían de su significación, dejando un vacío que debe llenarse de algún modo. De estas cuatro causas tratarán los capítulos siguientes.



# CAPÍTULO I

## VARIACIONES DE LAS COSAS

Consisten: 1. en que algunas desaparecen; 2. en que otras muchas nuevas se van conociendo; 3. en nuevas aplicaciones de cosas ya de antiguo conocidas, y 4. finalmente, en las mudanzas propiamente dichas de las cosas.

### *1. Cosas que desaparecen*

A la primera clase pertenecen sobre todo cosas relacionadas con los usos y costumbres de los antepasados. Lo que a esto corresponde en el lenguaje es el desaparecer también [de] los términos que en el habla las representaban. Cada día encuentran los anticuarios mil cosas que no sabemos cómo las llamaban los que las usaron; y al revés, cuántos nombres se conservan en escritos antiguos, para martirio de los filólogos modernos, que en vano se afanan por determinar con precisión a qué cosa se aplicaban.

El desconocimiento de las instituciones, costumbres y objetos usuales en épocas pasadas es en gran parte lo que nos hace difíciles de entender los escritos de la antigüedad.

Cuando mio Cid Rui Díaz se preparaba para entrar en Toledo y presentarse en la corte a pedir justicia contra los infantes de Carrión, mandó a los suyos que se previnieran para cualquier violencia, y les dijo:

Velmezes vestidos por sufrir las guarnizones,  
de suso las lorigas tan blancas como el sol;  
sobre las lorigas armiños e pelliçones,  
e que no parescan las armas, bien presos los cordones;  
so los mantos las espadas dulçes e tajadores;  
d'aquesta guisa quiero ir a la cort,  
por demandar mios derechos e dezir mi razón.  
(vv. 3073-3079)

Cuenta después el juglar cómo se aderezó mio Cid, «el que en buen ora naçió», y entre otras cosas dice:

Calças de buen paño en sus camas metió,  
sobrellas unos çapatos que a grant huebra son.  
Vistió camisa de rançal tan blanca commo el sol;  
[...]  
sobrella un brial primo de çiclatón...  
Sobresto una piel vermeja, las bandas d'oro son,  
siempre la viste mio Çid el Campeador.  
Una cofia sobre los pelos d'un escarín de pro,



con oro es obrada, fecha por razón,  
que nol contalassen los pelos al buen Çid Campeador;  
la barba avié luenga e prísola con el cordón,  
por tal lo faze esto que recabdar quiere todo lo so.  
De suso cubrió un manto que es de grant valor.  
[...]  
Assí iva mio Çid adobado a llacort.  
(vv. 3085-3103)

Este adobo o aderezo del Cid y de sus compañeros, es ininteligible para el lector moderno; y no bastaría para explicar el pasaje decir cómo eran los arreos que en él se enumeran; sería además menester dar noticia de los usos de aquella época, y de las instituciones y costumbres de aquella sociedad, sin lo cual no puede entenderse ni siquiera de qué corte o solemne acto de justicia se trata<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Todo puede verse cumplidamente explicado en el *Diccionario* de Menéndez Pidal citado en la bibliografía. Para el lector curioso que tenga a mano aquella obra, pongo aquí lo que significan algunos de estos términos: los del Cid se ponen los *velmezes*, ropa acolchada para evitar que se lastimara la *loriga* o *guarnizón*, y después de vestirse esta armadura, la encubren con *pellizones*, prenda hecha de pieles de cordero, conejo, etc., la cual se llamaba también *armiño* si se hacía con pieles de este animal.

El Cid por su parte, además de las *calzas* de paño y la camisa de *ranzal* o tela fina, se viste un fino *brial* (especie de túnica), de *ciclatón*, que era un tejido precioso de seda y oro; la *piel bermeja* equivale a los pellizones de sus compañeros. Por encima de todo se echa el manto. *Escarín* es probablemente sinónimo de *ranzal*.

Crece la dificultad tratándose de civilizaciones antiguas.

Nadie sabe hoy, por ejemplo, qué forma tenía el calzado ἄρπις, el vestido ἀμπεχόνη, el vaso ἄροκλον, o la nave ἄδρυα de Chipre. Sin salir de la letra α podríamos enumerar más de veinte voces griegas de sentido aún no descifrado, y eso sin meternos con las voces de las inscripciones.

Y aunque en otros muchos casos se ha determinado, y en parte se ha hecho revivir la cultura y el tecnicismo antiguo, esta nueva vida no es sino relativa; pues como las antigüedades no salen de los museos, así los términos antiguos no salen de las obras arqueológicas y filológicas, y muy raros son los que entran de nuevo en el tesoro de la lengua.

En suma: a medida que la cultura deja atrás las cosas viejas, al salir ellas del comercio y ambiente de los vivos se olvidan y van saliendo del lenguaje usual

---

El Cid desde que le desterró de Castilla el rey Alfonso, había jurado no cortarse ni el pelo ni la barba, señal de tristeza o de protesta por alguna injuria entre los caballeros antiguos. Por eso y para evitar que sus enemigos, por afrenta, le mesasen (contalassen) los cabellos, los recoge en una cofia de escarín. Como la barba le estorbaba en los combates brazo a brazo que entonces se usaban, los guerreros que la tenían luenga la trenzaban, y ataban con cordones al cuello antes de entrar en batalla. También esta precaución tomó el Cid, y solo cuando se vio seguro con el amparo que le ofrecía el rey, «soltava la barva e sacola del cordón» (v. 3494).

sus nombres, y solo los conservados en algún escrito quedan, como cuerpo sin alma, para memoria y rastro de su pasada existencia<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Un poeta del tiempo de don Juan II de Castilla, Pedro de la Caltraviesa, en un largo *decir* que dio a conocer Amador de los Ríos, tiene la siguiente enumeración de armas y piezas de armadura que se usaban entonces, indicando que algunas de ellas eran de reciente introducción.

Después de muertos los godos,  
que se ganó en Portugal,  
no sabían decir todos:  
*guardabrazos nin brazal,*  
*placas, almete, gorjal.*

Tales nombres nin oyeron,  
mas la batalla vencieron  
del puerto de Muradal.

De penachos non usaron  
con temor del vendaval,  
los que por fuerza ganaron  
a Jahen e Rabanal.

*Faca* extraña nin *chival*  
los que digo non decían,  
empero bien defendían  
sus capas et su portal.

Lorigas et brafoneras  
grand jaez et correal,  
capellinas con baveras,  
bacinetes de casual,  
tiracolas con ramal,  
faldas, moscaques, panceras,  
quexotes et canilleras;  
mazas de medio quintal.

Caballos de Zacatena,  
cofia, dagas et frontal,  
sillas fuertes con cadena,  
graves estoques, puñal...

## 2. *Cosas nuevas que se van conociendo*

Pero a trueque de estas pocas bajas, aumenta muchísimo por mil lados el caudal de nuestros conocimientos, y con ellos nuestras palabras<sup>3</sup>.

¡Qué de cosas hay hoy que no había en tiempo de la república romana!

A la aparición de instituciones nuevas con sus vastos y complicados mecanismos; de doctrinas nuevas con sus múltiples relaciones y consecuencias; de costumbres, industrias y ciencias nuevas, cada ciencia con un sinnúmero de descubrimientos, cada industria con un sinfín de variaciones y aplicaciones diversas, y cada costumbre con una multitud de pormenores diferentes ideados cada día por los caprichos de la moda; responde en el lenguaje la aparición de otras tantas palabras o expresiones. *Sunt enim rebus novis nova ponenda nomina* <sup>4</sup>.

---

Esta guarnición atal  
usaron los castellanos,  
et vencieron por sus manos  
mucha batalla campal...

<sup>3</sup> Un breve resumen del desarrollo de la cultura griega desde Homero hasta su apogeo, en que se hace ver con numerosos ejemplos sobre todo de la arquitectura, pintura, teatro, filosofía y gramática, cómo iba proveyendo la lengua a la necesidad de nuevas denominaciones, puede verse en Hecht, pp. 42-62.

<sup>4</sup> Cicerón, *De nat. Deor.* I, 44.

Piénsese por ejemplo en el vocabulario que necesitó formarse la Iglesia para significar sus doctrinas y misterios, sus instituciones, sus ritos y los objetos de culto. El vocabulario eclesiástico no puede encerrarse en los límites del vocabulario ciceroniano.

*Abnegatio, angelus, conversio, crux, devotio, elemosyna, evangelium, gloria, hypostasis, infernus, oratio, praedicatio, purgatorium, redemptio, remissio, Salvator, Trinitas, Verbum.*

*Papa, cardinalis, episcopus, clerus, diaconus, exorcista, monachus, religiosus, anachoreta, peregrinus, nosocomium.*

*Missa, benedictio, absolutio, indulgentia, sacramentum, baptismus, confirmatio, communio, poenitentia, Ecclesia, tabernaculum, reliquiae, corporalia, etc.*

He aquí una pequeña muestra de un vocabulario enteramente nuevo, cuyas palabras, necesarias para la Iglesia, expresan ideas ni sospechadas siquiera en la Roma pagana<sup>5</sup>.

El descubrimiento de América abrió a la civilización cristiana nuevos horizontes, y puso al servicio del hombre multitud de tesoros naturales hasta entonces ocultos; y es un error creer que el castellano

---

<sup>5</sup> Sobre el latín eclesiástico véase Koffmane, *Geschichte des Kirchenlateins*.

no pueda enriquecerse también con palabras originarias del nuevo continente, cuando todas las lenguas europeas tienen más o menos términos de origen americano<sup>6</sup>.

El continuo progreso de las ciencias va añadiendo de día en día más y más voces a la lengua. Basta abrir un libro de biología o de cualquiera otra de las

---

<sup>6</sup> Véanse a este propósito las siguientes palabras de D. Juan Valera:

«Yo disto mucho de ser un purista intransigente y extremo. Siempre que no se halle en castellano palabra para expresar con exactitud una idea o para significar una cosa, no sólo me avengo sino que aplaudo que la palabra se tome de una lengua extranjera. Apruebo asimismo que nuestro castellano adopte y haga suyos cuantos vocablos nos vengan de la América que fue española, con tal que valgan para expresar usos y costumbres, objetos naturales de la fauna y de la flora americana, trajes, muebles, instrumentos y otros utensilios, que por allá se gastan o se emplean y que en nuestra península carecen de nombre que los exprese.

»La lengua castellana, hablada y escrita en tan vasta extensión de tierra y por muchos millones de seres humanos que viven en diecisiete o dieciocho Estados independientes, debe tener capacidad bastante para recibir en su léxico cuantas voces se pronuncian en las regiones y países en que dicha lengua se habla, con tal de que dichas voces sean indispensables o convenientes, y no procedan de la ignorancia o de la rudeza de aquellos que las inventaron. En este último caso no vienen las referidas voces a enriquecer y a herosear el tesoro del idioma, sino que lo adulteran y afean, y por interés común a la cultura de nuestra raza debemos todos condenar su empleo, sin que se oponga a ello un mal entendido amor propio de región o provincia». En el prólogo de la obra de Santiago Pérez Triana, *Reminiscencias tudescas*, Madrid, 1902, p. xi.

ciencias naturales, para ver cuántas voces se necesitan hoy, que hace algunos años no necesitábamos.

Es cierto que la mayor parte de estos nombres científicos no salen de las obras y de los gabinetes de los sabios, pero hay voces que por aplicarse a objetos cuyo uso se hace corriente, entran a la lengua general. Así son cada día más usadas: *acumulador*, *barómetro*, *cinematógrafo*, *gramófono*, *magnetismo*, *manómetro*, *microbio*, *micrómetro*, *reflector*, *teléfono*, *telégrafo*, *telescopio*, *termómetro* y otras innumerables.

### 3. *Aplicaciones nuevas de las cosas*

Además de inventarse y descubrirse cosas nuevas, se dan a las ya conocidas nuevas formas y aplicaciones, y con ellas nombres nuevos.

Un mismo madero, v. gr., puede ser *poste*, *rodrigón*, *puntal*, *viga*, *tirante*. Si se emplea en la construcción de un carro puede servir de *vara*, o para los *armones*, *estadonjos*, o *ladrales*. En un caballete puede hacer de *cimera*, *entrecinta* o *viga maestra*, de *pie derecho*, *traviera*, *rostría* o *cabrío*. En un navío puede tener multitud de aplicaciones y denominaciones diversas.

Al inventarse los trenes se dio a los maderos otra aplicación para sustentar los rieles, y con ella el nombre de *traviesas*<sup>7</sup>.

Una misma piedra puede servir de *mojón*, *mijero* o *quilómetro*, *guardacantón*, *tornaruedas*, etc.

A este punto se reducen las diversas aplicaciones y las diversas razas de los animales. Así solo el perro recibe según el caso, nombre de *alano*, *lebrer*, *galgo*, *podenco*, *cazallo*, *perro de ganado*, *de presa*, *faldero*, *mastín*, *sabueso*, *congo*, *terranova*, etc.

Finalmente, cada nueva ocupación del hombre, cada nuevo oficio, asociación y secta, enriquece el vocabulario con nuevas denominaciones.

#### 4. *Mudanzas de las cosas mismas*

Πάντα ῥεῖ ‘todo se cambia’, es uno de los más antiguos adagios filosóficos.

Estas mudanzas de las cosas pueden influir de dos modos en el movimiento de los vocablos.

---

<sup>7</sup> En México se dice *durmientes*, y lo mismo en Bogotá. Sería curioso ver los diversos nombres que este mismo objeto recibió en los diversos países de América. Más adelante veremos cómo es inevitable esta divergencia en las lenguas que se hablan en regiones dilatadas y entre sí distantes.



a) En cuanto se forman nuevos nombres para los estados accidentales de una misma cosa.

b) En cuanto un objeto puede cambiarse totalmente en otro sin que el nombre se mude.

a) Ordinariamente los estados accidentales de las cosas se designan por medio de adjetivos: *luna llena, luna nueva, agua turbia, hierro fundido*. Pero otras veces reciben nombre propio. Una nube negra y densa se llama *nubarrón*; el carbón bien enrojecido en el fuego es *ascua*; *hielo, nieve, granizo*, son diversas formas del agua helada. Y la misma agua en estado gaseoso ha recibido el nombre de *vapor*.

En cambio, otros muchos cuerpos no tienen nombre especial para sus diversos estados, que hay que expresar con adjetivos: *hierro fundido, aceite helado, aire líquido*, etc.

El hombre, según sus diversas edades, se llama *niño, adolescente, chaval, mozo, joven, hombre, viejo*; más rica es la escala de los griegos: βρέφοδ, νεογνός, νεοφιλόδ, etc., ‘recién nacido’; παιδίον ‘niño de pecho’; νήπιος, νηπίαχος, etc., ‘que aún no habla’; παιδάριον, etc., ‘que está rompiendo a hablar y andar’; παιδίσκος, etc., ‘que ya habla y anda bien’; παιδ, ‘que ya va a la escuela’; πάλληξ, βούπαιδ, μελλέφηβοδ, etc., ‘mozalbeté’, ‘chaval’; ἔφηβοδ, μειράκιον, etc., ‘mozo’, ‘joven’;

ἄνθρωπος ‘hombre formado’; πόσις, γαμέτης, etc., ‘casado’; γέρων, etc., ‘anciano’; pasan de cincuenta los términos (muchos, es verdad, sinónimos) de que disponían los griegos para indicar todas las edades del hombre.

Para algunos animales tenemos también diversos nombres según las diversas edades: *potro, caballo; ternero, becerro, novillo, toro.*

El mismo aire, por solo moverse más o menos deprisa, se denomina *brisa, viento, racha, huracán, tempestad.*

Siendo tan varias las modificaciones de las cosas, se concibe a cuánta riqueza puede llegar una lengua que vaya sustituyendo por denominaciones sintéticas los rodeos adjetivales.

b) El segundo caso tiene lugar sobre todo en ciertos objetos industriales. Así, por ejemplo, *lámpara*, es un nombre que se remonta a la antigüedad griega (λαμπάς-ύδος). La lámpara con que se alumbraba Demóstenes en nada se parece a nuestras lámparas y lamparillas eléctricas. El objeto se ha ido mudando a través de los siglos, el nombre se ha conservado. La enumeración exacta de las diversas significaciones de semejantes palabras es una buena parte de la historia de la cultura.

En Heidelberg se publicaba, bajo la dirección de W. Meyer-Lübke y otros filólogos, una revista titulada *Wörter und Sachen*, ‘Palabras y cosas’, ricamente

ilustrada, cuyo objeto era combinar la ciencia del lenguaje con la arqueología y la historia de la cultura. En Múnich existe un célebre museo, que facilita mucho este estudio combinado de filología y arqueología: es el *Deutsches Museum von Meisterwerken der Naturwissenschaft und Technik*, en el cual puede estudiarse el desarrollo de todas las industrias y ciencias naturales. Desde el primero hasta el último modelo de anteojo astronómico, de reloj, de instrumentos musicales, de máquinas de vapor, de telares, de coches, de arados, de forjas, de barcos, de globos aerostáticos, de muebles, de aparatos e instalaciones de minas, laboratorios, etc. etc., se encuentran allí, o en originales o en modelos que los representan.

## CAPÍTULO II

### MODIFICACIONES DE LOS CONCEPTOS

Además del aumento de conceptos correspondiente al aumento de cosas, hay otras cuatro maneras como se mudan los conceptos permaneciendo unas mismas las cosas sobre que versan: 1. por aclaración, 2. por distinción, 3. por análisis y 4. por coloración.

#### *1. Por aclaración*

Aclaración, como de suyo lo indica la palabra, es la concepción más exacta de una idea antes confusa y oscura.

Así por ejemplo los paganos tienen idea de Dios, pero una idea confusa e impropia. Al descubrirseles la verdad del Evangelio, se aclaran sus ideas, y aunque a veces, como sucedió entre griegos y romanos, se aplica a la nueva idea el nombre antiguo (*Deus*, Θεός), otras veces, como sucede con frecuencia a los misioneros, es menester formar un nombre nuevo, para evitar confusiones y errores.

En China hubo gran diversidad de pareceres sobre si habría de conservarse alguno de los nombres antiguos, sobre todo *Tien* = Cielo, o había de escogerse otro, y cuál había de valer entre los varios que

se propusieron. La confusión duró dos siglos (xvii y xviii), hasta que por fin la resolvió la Santa Sede determinando que llamara al Dios verdadero: *Tiene-tschu* = Señor del Cielo<sup>8</sup>.

Los primeros hombres que levantando su consideración por encima de lo particular y transitorio advirtieron la grandiosa armonía del universo, trataron de clasificar todas las cosas reduciéndolas a sus últimos principios o elementos. No pequeña gloria es haber intentado siquiera tan ardua empresa, y natural era que los primeros conatos para realizarse fueran como pasos de niños, inciertos y torcidos. Con el correr del tiempo y los grandiosos esfuerzos de los sabios, se han ido aclarando poco a poco las ideas, hasta el punto de que hoy nos parece pueril y candorosa la manera de hablar de nuestros antepasados en ciertas materias.

Así, por ejemplo, escribe P. Granada<sup>9</sup>:

Mas ya es tiempo que descendamos del cielo a este mundo más bajo, donde residen los cuatro elementos, que son Tierra, Agua, Aire y Fuego: los cuales son la materia en que los cielos emplean la eficacia de su virtud,

---

<sup>8</sup> *Die Katholischen Missionen*, Februar 1911.

<sup>9</sup> *Símbolo de la fe*, primera parte, cap. vi.

obrando en ellos y engendrando y componiendo en ellos todas las cosas corporales. Donde primero se nos ofrece el lugar y el sitio en que el Criador los asentó por tal orden y compás, que siendo entre sí contrarios tengan paz y concordia; y no sólo no perturben el mundo, mas antes le conserven y sustenten. Para esto ordenó él que cada uno de los elementos tuviese una cualidad conforme a la de su vecino, y con este linaje de alianza y parentesco puso paz y concordia entre ellos. Porque la tierra, que es el más bajo de los elementos, es seca y fría; y el agua es fría y húmeda, y el aire es húmedo y caliente, y el fuego es caliente y seco. Y desta manera se traban y dan la mano unos elementos a otros, y hacen una como danza de espadas, continuándose amigablemente por esta forma los unos con los otros.

Hoy día, dada la relativa claridad de ideas que sobre la naturaleza física de los cuerpos han difundido las ciencias, hubiera hablado el discreto P. Granada de muy distinta manera; y nadie nos asegura de que la pomposa terminología que en más de un punto oscuro usan los sabios en la actualidad, no haya de excitar también una sonrisa, andando el tiempo y pasados algunos siglos, en los lectores venideros.

## 2. Por distinción

Muchas veces con un nombre general significamos una multitud de cosas más o menos semejantes. Cuando con observación más atenta se distinguen estas cosas entre sí, son menester nuevos nombres más distintos y precisos.

Es de notar, por ejemplo, los pocos nombres que tenían las lenguas antiguas para los colores. Γλαυκός significa gran variedad de tintes: gris, verdoso, amarillento, azulado... del mismo modo el lat. *ruber*: rojo, escarlata, rubio, rosado, etc. Estos términos vagos bastaban entones; hoy día, por la gran importancia, que en muchas artes e industrias (pintura, tintorería, bordado) tiene el distinguir bien los colores, ha sido menester aumentar el vocabulario. Y puede aumentarse indefinidamente, pues aún tenemos términos muy vagos. Con la palabra *verde*, por ejemplo, significamos todos los matices que hay entre el pálido sauce y el negro ciprés.

Herschel calculó en 30 000 los diversos matices que se perciben en los mosaicos del Vaticano; y sin embargo los nombres que tenemos para expresarlos no son sino unas pocas docenas.

Otro ejemplo nos ofrecen las clasificaciones de las ciencias naturales. Voces como *alga*, *araña*, *mariposa*, y otras más generales como *insecto*, *hierba* bastaron hasta cierto tiempo, para designar una inmensa variedad de especies que más tarde hubo que clasificar y denominar.

### 3. *Por análisis*

En el desarrollo intelectual del niño hay tres períodos: el primero de percepción confusa, el segundo de análisis, el tercero de síntesis exacta y completa.

En el primer período se forma el niño de los objetos una idea incompleta y con frecuencia falsa; se deja arrastrar, ya por las primeras impresiones que de las cosas recibe, ya por las apariencias que hieren los sentidos, y se forma en su interior ese mundo vago, ilusorio, fantástico, poblado de hadas, en que vive los primeros años. En el segundo período el niño se fija en cada una de las cosas que le rodea, separando lo real de lo ilusorio, distinguiendo en ellas sus diversas cualidades y sus distintas partes; y finalmente en el último descubre la unidad que reina en medio de la variedad de los seres, y se hace capaz de los grandes conceptos sintéticos.



Por períodos semejantes ha corrido el desarrollo de la mayor parte de los pueblos. Los más antiguos monumentos literarios de la India y de Grecia contienen ideas confusas, fantásticas, pueriles, lo mismo sobre los objetos más corrientes que sobre los espléndidos fenómenos de la naturaleza, en los cuales veían los pueblos la intervención misteriosa de seres invisibles. Tal es el origen de todas las mitologías.

A disipar estos errores, heridos de muerte por la verdad cristiana, han contribuido también ingenios privilegiados, que fueron poco a poco analizando esos fenómenos hasta dar con sus causas naturales, y desmenuzando las cosas para conocerlas por sus partes, por sus cualidades y por sus relaciones.

Este trabajo de análisis está depositado en el lenguaje, y por el lenguaje se trasmite fácilmente a las nuevas generaciones. ¿Qué es la ciencia de los libros sino palabras que guardan los esfuerzos de los sabios?

Inútil es poner ejemplos en materia tan vasta y tan clara. Recuérdese como muestra, que las lenguas antiguas, antes de Hipócrates, no tenían sino unas cuantas palabras para distinguir los miembros y partes constitutivas del cuerpo humano; hoy en cambio, analizar este y conocer el nombre de cada una de sus partes es objeto de una ciencia especial, la anatomía.

El microscopio ha aumentado prodigiosamente el poder analizador de la vista y ha abierto un mundo nuevo a las miradas y estudios de los hombres.

¡Cuántos son los que con asiduo trabajo están explorando ese desconocido mundo de lo pequeño, y dando nombre a tantas pequeñas partes que lo constituyen, a tantos pequeños vegetales y animales que lo pueblan!

Y que este lenguaje del microscopio ha de tener influencia en la lengua general, lo vemos ya en parte, y en parte se verá a medida que entren en la conciencia popular y en los usos de la vida los resultados de las investigaciones de los sabios.

#### *4. Por coloración*

Las ideas sobre un mismo objeto pueden presentar tintes variadísimos; y como el lenguaje no solo es para representar las cosas sino para manifestar los conceptos, para cada nuevo tinte de ellos es menester buscar nueva expresión. Diversas son las causas de esta variedad en los conceptos: una concepción profunda; un afecto intenso; la apercepción, en virtud de la cual no nos contentamos con considerar las cosas aisladamente, sino que acercamos mentalmente las unas a

las otras, de donde resulta el descubrir nuevas relaciones y semejanzas, y finalmente el espíritu estético tan natural al hombre, gracias al cual no se contenta con darse a entender, sino que procura que su lenguaje sea útil y a la par deleitoso, ya por su elegancia, ya por su gracejo, pues bien dijo Horacio: *Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci*.

En haber atinado a expresar las cosas justamente con el tinte con que las concibieron está el mérito de los grandes estilistas, y aciertos de estos no son raros en el pueblo; solo que los aciertos de los eruditos entran en el uso común menos frecuentemente que los aciertos del vulgo. *Populus in sua potestate, singuli in illius*; dijo a este propósito Varrón. «El pueblo cambia la lengua a su arbitrio, los particulares no sin la sanción del pueblo».

A alguno le ocurrió antaño llamar a un caballo flaco *famélico* = *hambriento*. La expresión cundió, entró en la corriente del lenguaje, y desbastada por la fonética andaluza vino a parar en *jamelgo*. *Lo descalaveró* (< calavera) se dijo alguna vez muy pintorescamente por *le rompió la cabeza*. El verbo, ligeramente modificado, se perpetuó en *descalabrar*.

Véase también, como muestra de las innumerables que se encuentran en los buenos autores, una

expresión acertada del campo literario: «Se envanecieron las hijas de Sión, y anduvieron los cuellos levantados, *halconeando* con los ojos, y *pavoneándose* en su pasear, haciendo alarde de sus pompas entre los flacos y desnudos» (Fray Luis de Granada). *Pavoneándose* ha entrado en la corriente de la lengua; no así el expresivo *halconear*, porque pasada la moda de la cetrería el pueblo no lo entiende.

Baste por ahora haber señalado la necesidad de formar nuevas expresiones para los diversos matices de nuestros conceptos. El medio principal que tenemos para ello es la metáfora, de que nos ocuparemos más adelante.

### CAPÍTULO III

#### INTERVENCIÓN DE LOS SENTIMIENTOS

La palabra no solamente es fiel reflejo de las ideas, sino también de los sentimientos del que habla; y es de lamentar que los lingüistas no hayan dado hasta ahora a este factor la importancia que tiene en el desarrollo del lenguaje.

Dice muy bien a este propósito A. Meillet en un juicio sobre el tratado de estilística francesa de Ch. Bally<sup>10</sup>: «Nacida del estudio de las lenguas literarias y generalmente de las lenguas escritas, la lingüística ha continuado por tradición considerando el lenguaje únicamente como medio de expresar las ideas, y ha olvidado que él es ante todo un medio de acción y que el imperativo es la forma verbal por excelencia. La lengua, pues, se presenta como un fenómeno casi exclusivamente intelectual, siendo así que de hecho en el uso común va ella siempre penetrada de sentimientos diversos; que nada se dice sin mezclar y aun a veces sin hacer resaltar en primer término la expresión de un sentimiento, y que las gentes de ordinario más que para comunicar ideas, hablan para mover la acción a los demás».

---

<sup>10</sup> *L'année sociologique*, tomo XI, p. 796.

En la obra a que estas palabras se refieren trata Bally con mucha propiedad de los diversos modos como se expresan en el lenguaje los sentimientos; pero este estudio, que él ha llamado *estilística*, está solo de lejos relacionado con la semántica.

Veamos algunos casos en que la intervención del sentimiento hace buscar nuevas palabras o cambiar el sentido de las ya existentes.

1.º Una moción más o menos intensa no se contenta con las palabras corrientes, sino que busca una expresión también intensa, que sea reflejo de lo que siente el ánimo. De dos maneras se logra principalmente esta intensidad en la expresión: *a)* por la exageración y *b)* por la acumulación de términos análogos. Expresar un afecto intenso con moderación y sin repetir hasta la saciedad una misma idea en formas más o menos diferentes, es ardua obra, en cuya ejecución se han señalado los grandes artistas de la palabra. El pueblo anda por más fáciles caminos, y las más de las veces se contenta con exagerar o con amontonar loores, invectivas o querellas.

a) La exageración es hasta tal punto la voz espontánea de los sentimientos, que para alabar a un hombre de que tiene pleno dominio de sí y de que nunca se altera, suele decirse que «nunca dice más de lo quiere»;

y quien siempre habla con mesura, sin énfasis alguno en la expresión, suele ser tenido por insensible y frío.

No es necesario que ponga yo aquí ejemplos de locuciones enfáticas, cuando cada uno puede hallarlos en sus mismos labios y oírseles a los que le rodean. ¿Cuántas veces al día no se oyen expresiones como estas: Vengo *muerto* de cansancio. Se quedó *muerto* de miedo. A *cada paso* me riñe. Se lo ha dicho a *todo el mundo*. Ya me tiene *loco* con sus historias? Aun las más corrientes exclamaciones encierran exageraciones inverosímiles, que si se tomaran a la letra serían un *casus belli* entre los interlocutores. Cuenta alguno una hazaña y le contestan a coro; *qué barbaridad, qué atrocidad, qué bárbaro*. Nada más frecuente que los epítetos: *terrible, horrible, tremendo, horroroso*, que a fuerza de prodigarse han perdido ya todo su horror. Las personas incultas, si les sucede una desgracia, maldicen su suerte. No hay que tomarlo a la letra. Es un desahogo de baja estofa.

Si los sentimientos verdaderos se traducen con frecuencia en exageraciones, más aún sucede esto con los sentimientos fingidos. Estilo *afectado* es casi siempre exagerado.

Hubo en Castilla entre los siglos xv y xvi toda una legión de trovadores que se caracterizaban por la escasez

de emociones y la abundancia de hipérboles con que procuraban suplir el fervor lírico ausente en sus pechos.

¿Qué no dirían los troveros adocenados cuando el maestro de todos ellos, Juan de Mena, uno de los pocos a[1] que pudo darse el nombre de poeta, llegó a escribir a una dama las siguientes mentidas e insulsas galanterías?:

Muy más clara que la luna  
solo una  
en el mundo vos nacistes,  
tan gentil que non ovistes  
nin tovistes  
competidora ninguna.  
Desde niñez en la cuna  
cobrastes fama, beldad,  
con tanta graciosidad  
que vos dotó la fortuna.

Que assí vos organizó  
y formó  
la composición humana,  
que vos sois la más lozana  
soberana  
que la natura crió.



¿Quién si vos no mereció  
de virtudes ser monarcha?  
Quanto bien dixo Petrarcha  
por vos lo prophetizó  
(Núm. 57 del *Cancionero General*)

En unas quintillas dirigidas a Isabel la Católica, llenas por lo demás de sincero entusiasmo, llega a decirle un poeta a quien el *Cancionero* llama a secas Cartageña, esta alabanza irreverente:

En la tierra la primera  
Y en el cielo la segunda.

Y esto es nada si se compara con las impías comparaciones y desaforados encarecimientos que pululan en el *Cancionero*.

b) Si los buenos ingenios huyen de la exageración en la expresión de los sentimientos, se ostentan en cambio en la profusión de términos sinónimos.

Cicerón en el libro III *de Officiis*, descarga contra el hombre doblado todo este acopio de execraciones:

¿Hoc autem celandi genus, quale sit et cuius hominis quis non videt? Certe *non aperti, non simplicis, non*

*ingenui, non iusti, non viri boni; versuti potius, obscuri, astuti, fallacis, malitiosi, callidi, veteratoris, vafri.*

Esta andanada no tiene rival sino en aquella que echó don Quijote a Sancho Panza, y que cuenta Cervantes por estas palabras<sup>11</sup>:

¡Oh, válame Dios, y cuán grande que fue el enojo que recibió don Quijote oyendo las descompuestas palabras de su escudero! Digo que fue tanto, que con voz atropellada y tartamuda lengua lanzando vivo fuego por los ojos, dijo:

—¡Oh bellaco, villano, mal mirado, descompuesto, ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente! ¿Tales palabras has osado decir en mi presencia y en la destas ínclitas señoras, y tales deshonestidades y atrevimientos osaste poner en tu confusa imaginación? ¡Vete de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, silo de bellaquerías, inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe a las reales personas! ¡Vete, no parezcas delante de mí, so pena de mi ira!

Y diciendo esto, enarcó las cejas, hinchó los carrillos, miró a todas partes, y dio con el pie derecho una gran

---

<sup>11</sup> Primera parte, cap. XLVI.

patada en el suelo, señales todas de la ira que encerraba en sus entrañas. A cuyas palabras y furibundos ademanes quedó Sancho tan encogido y medroso, que se holgara que en aquel instante se abriera debajo de sus pies la tierra y le tragara, y no supo qué hacerse, sino volver las espaldas y quitarse de la enojada presencia de su señor.

Este recurso emotivo del lenguaje, que consiste en hacer hincapié sobre una misma idea con varias palabras, ha contribuido a la formación de aquellas frases hechas, en las cuales a la palabra principal se le añade un consonante que la refuerce, aunque no independiente de la combinación rítmica, como *el oro y el moro, ni roso ni veloso, corriente y moliente, piante y mamante, mondo y lirondo, oste ni moste, fuste ni muste, ni paula ni maula*.

2.º Veamos ahora en particular cómo influyen algunos sentimientos en los cambios semánticos.

a) ¡Qué inesperadas expresiones no encuentra una madre para manifestar su amor a su hijo pequeño! De aquí ha nacido esa multitud de términos hipocorísticos, como las abreviaciones o transformaciones de los nombres propios, que se hacen después de uso corriente: *Pepito, Paco, Quico, Concha, Lola*.

Hay personas que llevan esta ternura hasta el extremo. Tal era aquella doña Tula, de la que dice el P. Coloma en su novela *Era un santo*:

El tierno corazón de doña Tula había inventado dulces elipsis, cariñosas síncopas, con que trastornaba por completo los nombres de pila de toda su familia. A don Benito le llamaba *Beni*; a Lolita, Li; a Lorenzo, *Renzo*; a Benita, *Nita*; y cuando Sancho Ortiz entró en la familia, y los enmelados pliegues de su amor de suegra llegaron a cobijarle, sus cariñosos labios fueron saltando, con la habilidad de un filólogo que indaga las raíces de un verbo griego, de Sancho a *Sanchito*, de Sanchito a *Sanchín* y de Sanchín a un dulcísimo *Chicho*.

Los mimos de las madres llegan hasta aplicar a sus hijos nombres afrentosos, que tocados por el cariño maternal se convierten como por encanto en lo más dulce y expresivo de la lengua. Así cambian ocasionalmente de sentido voces como *pícaro*, *granuja*, *gandul*, *bribón*, *pillo*, *tunante*, *negro*, *chato*. El mismo *monín*, que hoy tanto se oye, no es sino el diminutivo de *mono* (simio).

b) El desdén, por una parte, y por otra la indignación, el rencor, la ira comprimida, suelen manifestarse

en ironías, ya suaves y sonrientes, ya picantes, ora crueles y mordaces que llegan hasta el sarcasmo.

En todos estos casos se violenta el sentido de las palabras para que signifiquen lo contrario de lo que dicen.

c) El pudor, virtud de las almas desdichadas, ejerce un gran influjo sobre las palabras, expresando en recatadas expresiones lo que no se atreve a nombrar, creando eufemismos, y haciendo que caigan en desuso ciertos vocablos indecorosos, de lo cual más adelante veremos ejemplos.

Vecino de este sentimiento está el de la pulcritud que trueca las palabras bastas en otras más remiradas. Entre los consejos que dio don Quijote a Sancho uno fue este<sup>12</sup>:

Ten cuenta, Sancho, de no mascar a dos carrillos, ni de eructar delante de nadie.

—Eso de *eructar* no entiendo —dijo Sancho. Y don Quijote le dijo:

—*Eructar*, Sancho, quiere decir *regoldar*, y éste es uno de los más torpes vocablos que tiene la lengua castellana, aunque es muy significativo; y así, la gente curiosa se ha acogido al latín, y al *regoldar* dice *eructar*, y a los *regüeldos*,

---

<sup>12</sup> Parte segunda, cap. XLIII.

*eructaciones*; y cuando algunos no entienden estos términos, importa poco; que el uso los irá introduciendo con el tiempo, que con facilidad se entiendan; y esto es enriquecer la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo y el uso.

Cervantes insiste más de una vez en esta misma idea. Así en el *Coloquio de los perros* dice Berganza:

Habla con propiedad, que no se llaman colas las del pulpo.

Y responde Cipión:

Ese es el error que tuvo el que dijo que no era torpeza ni vicio nombrar las cosas por sus propios nombres, como si no fuese mejor, ya que sea forzoso nombrarlas, decirlas por circunloquios y rodeos, que templen la asquerosidad que causa el oír las por su propios nombres. Las honestas palabras dan indicio de la honestidad del que las pronuncia o las escribe.

Claro está que no debe extremarse este cuidado de la pulcritud, para no caer en el vicio que las *amaneradas* o *preciosas* introdujeron en la aristocracia francesa, en cuyas conversaciones no se podían nombrar ni

siquiera los animales domésticos, y para las cosas más sencillas había que acudir a peregrinos rodeos.

d) Como cada virtud tiene un vicio que las falsifica so capa de pudor dejan ver muchos su malicia, evitando usar ciertas palabras que se les antojan obscenas o indecorosas.

Los jóvenes suelen ser propensos a expresar cosas inconvenientes con palabras ordinarias, y después no se atreven a usarlas en el lenguaje corriente.

¿Quién no ve los daños de este ruin sentimiento, que ve malicia donde no la hay, y mutila el lenguaje, condenando a la oscuridad términos inocentes y propios, y aun a veces las palabras más santas de la lengua?

Así, por ejemplo, en la jerga callejera de Buenos Aires, La Habana y otras ciudades de América, la voz *madre* ha tomado mal sentido, y entre la juventud estudiosa poco se usa; en su lugar se dice con bien poca gracia *mi vieja*<sup>13</sup>.

Que por este procedimiento puede una lengua perder algunas de sus mejores palabras pruébalo el

---

<sup>13</sup> No sé si vendrá esta costumbre de los Estados Unidos, pero también allí tienen en algunas ciudades el mal gusto de decir a los padres *my old*, porque los truhanes dan al término propio mal sentido.

francés, donde no pueden usarse voces como *fille*, *garce*, *courtisane*.

También el estilo de las *preciosas* ofrecía ejemplos de esta aberración ridícula.

Hay en francés cuatro monosílabos malsonantes. Las *preciosas* de Francia los descubrían por doquiera, y querían nada menos que modificar el idioma condenando a desaparecer o mutilando las palabras donde aquellas sílabas entraran.

Molière ridiculizó en repetidas ocasiones esta torpe pretensión. En *Les femmes savantes* hace decir a Filaminta:

Une entreprise noble et dont je suis ravie,  
un dessein plein de gloire, et qui será vanté  
chez tous les beaux esprits de la postérité,  
c'est le retranchement de ces syllables sales  
qui dans le plus beaux mots produisent des scandales.

Todavía en el francés actual quedan rastros de aquella vergonzosa novelería. Sabido es que Víctor Hugo puso en ridículo a su severo crítico Cuviller-Fleury, llamándolo *Villier-Fleury*.

e) Dice un antiguo refrán: *Mienta al malo y apareja el palo*.



El malo es el demonio<sup>14</sup>, y el refrán nos enseña la superstición de que el diablo se aparece a quien le nombra. Otros creen que es pecado o al menos de mal agüero nombrar al demonio.

Vemos pues que también la superstición puede entrar en juego para excluir ciertas palabras y dar nacimiento a otras. Así, además de *malo* se dijo en nuestro caso el *enemigo*, el *diantre*, *pateta*, *patas*, *patillas*, *dianche*, *demontre*, *demonche*.

Hay pueblos bárbaros que creen que las desgracias todas son como espíritus maléficos, cuyos nombres deben tratarse con sumo cuidado para no irritarlos. Restos de estas supersticiones se hallan aún en Europa. La comadreja, por ejemplo, es un animal objeto de una superstición muy difundida<sup>15</sup>. Erasmo cuenta que en su tiempo creían los cazadores que no cogerían nada si pronunciaban el nombre de este animalejo. En muchos

---

<sup>14</sup> Dice Cervantes en el *Quijote*, parte segunda, cap. LXI: «Con palabras no menos comedidas que éstas le respondió el caballero [a D. Quijote], y encerrándole todos en medio, al son de las chirimías y de los atabales, se encaminaron con él a la ciudad; al entrar de la cual, el malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos, que son más malos que el malo, dos dellos, traviesos y atrevidos, se entraron por toda la gente, y alzando el uno la cola del rucio, y el otro la de Rocinante, les pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas».

<sup>15</sup> Véase Nyrop, pp. 275 y siguientes.

países, es creencia vulgar que no debe pronunciarse su nombre, sino que hay que emplear términos cariñosos. Así dicen en Suecia *lillasnälla* (linda pequeña), en Dinamarca *den konne* (linda), en inglés *fairly*, en alemán *jungferchen* (señorita), en Hungría *memjet* (niñita), en Rumanía *nevasta* (novia), en Italia *donnola*, en francés *belette* (< bel: preciosita), y en castellano, con otro diminutivo, *comadreja*. El nombre latino *mustela* casi ha desaparecido de toda Europa<sup>16</sup>, gracias a la superstición que trajeron los bárbaros, y que aún se conserva en algunas regiones. Lo atestigua, por ejemplo, este pasaje de nuestro gran novelista Pereda: «Creía también que la villería (comadreja) mataba el ganado de las personas que al topar con ella en un desván no la dijeran: ‘villería, Dios te bendiga de noche y de día’, y él nunca dejaba de decírselo como la encontrara» (*La puchera*).

f) El sentimiento estético es también, aunque en otra esfera, factor muy importante de cambios semánticos. Aquí entran todos los términos nuevos, las traslaciones brillantes, las expresiones exquisitas de que llenan los eruditos, guiados por el arte, su lenguaje.

La lengua castellana, que manejada por profundos pensadores se ha hecho apta para expresar las más

---

<sup>16</sup> En León se conserva en la forma *mostolilla*.

sutiles y las más complicadas ideas, escrita por artistas llenos de inspiración se ha recamado con riquísimas joyas, se ha hecho blanca y suave, y capaz de producir los más delicados efectos artísticos.

Aun aquellos que llevaron al extremo el culto de la forma, enriquecieron la lengua con el precioso legado de numerosas y felices invenciones.

Juan de Mena en la Edad Media, Góngora en el Siglo de Oro y Rubén Darío entre los contemporáneos, han sido los más audaces forjadores de nuevas expresiones.

De Juan de Mena dice Quintana, citado por Menéndez Pelayo<sup>17</sup>:

La lengua en sus manos es una esclava que tiene que obedecerle y seguir de grado o por fuerza el impulso que la da el poeta. Ninguno ha manifestado en esta parte mayor osadía ni pretensiones más altas: él suprime sílabas, modifica la frase a su arbitrio; alarga o acorta las palabras, y cuando en su lengua no halla las voces o los modos de decir que necesita, acude a buscarlos en el latín, en el francés, en el italiano, en donde puede. Aun no acabado de formar el idioma, prestaba ocasión y oportunidad para estas licencias, que se hubieran

---

<sup>17</sup> *Antología lírica*, tomo v, p. CXCIII.

convertido en privilegios de la lengua poética, si hubieran sido mayores los talentos de aquel escritor y más permanente su crédito. Los poetas de la edad siguiente, puliendo la rudeza de la dicción, haciendo una innovación en los metros y en los asuntos de sus composiciones, no conocieron la noble libertad y las adquisiciones que en favor de la lengua habían hecho sus predecesores. Si en esto los hubieran seguido, el lenguaje castellano, y sobre todo el lenguaje poético, tan numeroso, tan vario, tan majestuoso y elegante, no envidiaría flexibilidad y riqueza a otro ninguno.

Al hablar de los poetas de la edad siguiente —prosigue Menéndez Pelayo— claro es que alude Quintana a Garcilaso y sus discípulos, no a Herrera y los suyos, ni mucho menos a Góngora, de cuyas innovaciones formales, no todas descabelladas, se ha incorporado en el caudal de nuestra lengua poética, y aun prosaica y familiar, una parte mucho más considerable de lo que generalmente se cree. Aun de los mismos neologismos de Juan de Mena, ¡cuántos son hoy de uso corriente, sin la menor nota de pedantería; v. gr.: *diáfano, nítido, confluir, ofuscar, inopia!* ¡Y cuántos otros han tenido y tienen uso frecuente en cierto género de poesía y en ciertas escuelas literarias; por ejemplo, los compuestos latinos *belígero, armígero, penatígero, nubígero, evieterno, clarífico*, los adjetivos *corusco, crinado, superno, túbido!* Y es lástima que otras no hayan

prevalecido contra necias burlas, porque son nobles, pintorescas, expresivas y de buen abolengo: así los verbos *subverter*, *fruir*, *trucidar*, *insuflar* y *prestigiar*: los participios *esculto* por *esculpido* y *sciente* por *sabio*, el verbal *ultriz*, los sustantivos *flagelo* y *exilio*, los adjetivos *tábido* y *funéreo*, y otro muchos que, hojeando el *Labyrintho*, a cada paso se encuentran. Claro es que, acumulados, resultan insostenibles y Lope de Vega hizo bien en reírse de este verso:

El amor es *ficto*, *vaníloco*, *pigro*...

De más hondo y funesto influjo en las letras castellanas fueron las desaforadas innovaciones de Góngora.

No ya solo los eruditos gongorinos formaron legión, que extendió su contagio hasta la cátedra sagrada, sino que el mismo pueblo, bajo aquel sugestivo influjo, daba muestras de querer perder el buen sentido.

Véase este soneto en que Lope de Vega, introduciendo a Boscán y Garcilaso en plática con una criada de mesón, ridiculiza la enrevesada manera de hablar que iba prendiendo hasta en las clases pedestres de la sociedad.

Boscán, tarde llegamos. ¿Hay posada?

Llamad desde la posta, Garcilasso.

—¿Quién es? —Dos caballeros del Parnaso.

—No hay donde nocturnar palestra armada.

—No entiendo los que dice la criada;  
—Madona, ¿qué decís! —Que afecten passo,  
que ostenta limbos el mentido ocaso,  
y el sol desfinge la porción rosada.

—¿Estás en ti, mujer? (Negose el tino  
el ambulante huésped) ¡que en tan poco  
tiempo tal lengua entre cristianos haya!

Boscán, perdido habemos el camino;  
preguntad por Castilla, que estoy loco  
o no hemos salido de Vizcaya.

Góngora a su vez se defendía llamando a sus impugnadores *Patos del aguachirle castellana*, y llenándolos de baldones y burlas.

Pero lo que por ahora nos importa es notar que aquella inundación del mal gusto dejó al castellano no pocos beneficiosos elementos de expresión. Las *Soledades* y el *Polifemo* pasaron, pero muchas de las palabras y de las frases que tanto se vituperaban en Góngora son hoy de uso corriente, dice Fitzmaurice-Kelly.

¿Llegará a decirse lo mismo de las revolucionarias innovaciones de Rubén Darío?

El hecho es que, ora por broma, ora por afectación, se van repitiendo tanto algunos de sus términos y frases, que para las nuevas generaciones ya no son disonantes, y acabarán por ser corrientes; y no faltan tampoco ingenios equilibrados que han sabido explotar con buen criterio el abigarrado campo de las innovaciones decadentes.

He enumerado varios sentimientos tomados de campos muy diversos, y pudieran recorrerse todos para hacer ver cuánto influyen en el alma del lenguaje; pero resultaría el cuadro desproporcionado para el fin de esta obra. Baste advertir para terminar, que precisamente en la expresión de los sentimientos y afectos hay ancho campo donde autores geniales puedan enriquecer la lengua, pues es grande la falta de expresiones que experimenta quien siente hondo y quiere manifestar con viveza lo que siente.

Y así dijo hermosamente Diego Fallon, después de hacer alarde de una extraordinaria viveza de expresión en su oda a la luna:

Oh luna, adiós; quisiera en mi despecho  
el vil lenguaje maldecir del hombre,  
que tantas emociones en su pecho  
deja que broten, y les niega un nombre.

Por eso suele decirse que en ciertos casos el silencio dice más que las palabras; y lo mismo expresa una de las más agudas coplas que se han escrito en castellano:

Sólo el silencio testigo  
ha de ser de mi tormento;  
y aun no cabe lo que siento  
en todo lo que no digo.



## CAPÍTULO IV

### MOVIMIENTO DE LOS VOCABLOS

A dos órdenes se reducen los movimientos de vocablos que pueden causar cambios semánticos: la dislocación por la que una voz se pasa a significar otra cosa, y la pérdida o muerte de las palabras: en ambos casos hay que sustituir la voz antigua por otra nueva, para proveer de expresión a la idea que aquella dejó al aire.

#### *1. Dislocación*

A veces acontece que el nombre de un objeto *se pasa* a significar otro, dejando por tanto un vacío que hay que llenar de algún modo.

En el comunicarse a otra el nombre de una cosa distinguimos el pasarse y el extenderse. En el segundo caso no pierde la primitiva significación, pero sí en el primero.

La voz latina *urbs* se contrajo de tal modo a significar la ciudad de Roma, que perdió la significación general primitiva, para la cual hubo que habilitar a *civitas*. *Quaerere* se pasó a significar «desear» (*quaerere* > querer). En su lugar hubo que poner otro verbo: *buscar*.

*Iumentum* se contrajo en castellano a significar 'borrico' (*jumento*); en francés a significar 'yegua' (*ju-ment*). En una y otra lengua se ha sustituido bien o mal por *bestia de carga*, *bête de somme*.

Una causa especial de dislocación es la tendencia a exagerar que notamos arriba, la cual hace que en cada serie de sinónimos con que se expresan los diversos grados de las cosas (por ejemplo, *fatigado*, *cansado*, *rendido*, *agobiado*, *muerto de cansancio*), se escoja para cada caso no el término justo, sino el siguiente por lo menos. De aquí que la serie se va corriendo, y cuando alguna vez ocurre de veras hablar del caso extremo se encuentra uno ya sin nombre y es menester buscar otro<sup>18</sup>.

Para expresar el éxito de una fiesta el público ligero no puede decir: *estuvo bien*, porque equivaldría a decir que estuvo mal; es decir: *estuvo bien*, es no decir nada; *magnífica*, *excelente*, *extraordinaria* es lo menos que puede decirse; si se quiere ponderar un poco se dirá *soberbia*, *espléndida*, voces traídas aquí para llenar el vacío que dejaron las anteriores; pero si en realidad la fiesta fue extraordinaria y sorprendente, no hay cómo expresarlo, y se echa mano de términos grotescos, que nada significarían sin la ayuda de la expresión, el

---

<sup>18</sup> Véase Stöcklein, p. 48.

ademán, el tono y la acción que los acompaña. ¡Chico, aquello estuvo *colosal*, *bestial*! ¡aquello fue *brutal*! ¡estuvo *morrocotudo*, *descacharrante*!, etc., etc.

## 2. *Ennoblecimiento*

Párrafo aparte merece el ennoblecimiento de las voces que de condición ordinaria y aun vil se encumbran a más altas y dignas significaciones.

La Iglesia ennoblecó un gran número de palabras dándoles una significación sublime. *Verbum* pasó a significar el *Verbo Eterno* y dejó lugar a *palabra*. Llamándose los cristianos *servi Dei*, y el Pontífice *servus servorum Dei*, dejó de ser despectiva la voz *servus* y fue sustituida por *esclavo*. *Reliquiae* en todos los sentidos no sagrados fue sustituida por *restos*.

Otros ejemplos:

*Gótico* ha dejado el sentido despectivo a *bárbaro*.

*Lastimar*, con sus derivados, se ha hecho de lo más fino. En su origen, no es otra cosa que *blasfemar* (v. *Llave del griego*, coment. n. 1381)<sup>19</sup>.

---

<sup>19</sup> *Llave del griego*. — Colección de trozos clásicos según la *Ανθολογία μικρά* de Maunoury. — *Comentario semántico, etimología y sintaxis* por los padres Eusebio Hernández y Félix Restrepo de la Compañía de Jesús, 3.<sup>a</sup> ed., Friburgo, 1937, Herder.

*Pedagogo* de humilde origen (criado o ayo) ha subido a gran altura (v. *Llave del griego*, coment. n. 50).

*Avezado* de suyo significa ‘viciado, vicioso’ (< *advitiatum* = viciado). En italiano el equivalente a vicioso, *vezzoso*, quiere decir *che ha in sè una certa grazia e piace volezza*; y *vizioso* en castellano antiguo era voz inofensiva.

*Cohors* antiguamente *corral*, división del ganado, se aplicó a una compañía de soldados; más tarde, en tiempo del Imperio, a la guardia de honor del emperador, a la *corte*. Cuyo humilde origen se trasparenta aún en el diminutivo *cortijo*. También en alemán *hof* = *corte*, significó y significa aún ‘corral o patio’.

No es menos humilde el origen de muchos títulos honoríficos.

El antiguo *baile* o juez en Francia, Inglaterra y Aragón, viene del latín *baiulus* = *mozo de cuerda*, que en tiempo del Imperio significaba sencillamente *portador*. S. Jerónimo lo usa en el sentido de *portador de una carta*. En la corte imperial de Diocleciano la nodriza del príncipe recibió el título de *baiula*<sup>20</sup>, y a su marido, ayo del príncipe, *baiulus*. De aquí a hacerse un poderoso

---

<sup>20</sup> De manera análoga se llama hoy día en Colombia (Antioquia) a las nodrizas y niñeras *cargueras*.

no hay más que un paso<sup>21</sup>. *Mariscal*, fr. *maréchal*, al. *marschal*, significó en su origen *mozo de caballo* (ant. alt. al. *marah* = *caballo*, *schalk* = *siervo*) intendente de caballería y tren de guerra > dignidad militar. Equivalentes a esta voz son el fr. *connétable*, cast. *condestable*, baj. lat. *comes stabuli* y el cast. *caballerizo*.

*Conde*, *barón*, *canciller* significaron primitivamente ‘camarada’ (*come -itis* > *comte* > *conde*); ‘jayán’ (*baro -onis*); ‘portero’ (*cancellarius*). *Ministro* no significaba en su origen sino ‘criado o servidor’ (*minister*).

### 3. Envilecimiento

Contrario del fenómeno anterior es el envilecimiento.

Ya hemos visto los sentimientos que nos llevan a no decir las cosas indecentes por sus nombres, sino por eufemismos. Pero el eufemismo no dura mucho; la nueva palabra se trueca en verdadero nombre del objeto desagradable; *se contamina*; y por el mismo caso pierde sus otras significaciones; nadie la usa por no exponerse a enojosos equívocos. Y no para aquí el mal. Como el desgraciado término se ha hecho propio del objeto desagradable, y no queremos llamar las

---

<sup>21</sup> Darmesteter, p. 92, nota 2. Ya en Oriente, en Bizancio, se titulaba βαίουλος el cónsul de comerciantes extranjeros.

cosas por su nombre, buscamos otro eufemismo, y así vamos echando a perder una por una palabras nobles y a veces difíciles de sustituir.

De esta manera han perdido su sentido primitivo *el común* (como sustantivo), *excusado*, *retrete*, y ya empiezan a contaminarse otras voces con esta misma idea.

Tomemos del francés un ejemplo de otra clase.

«La antigua voz *garce* fem. de *garçon* —dice Darmesteter (p. 166)— llegó a hacerse sinónima de *moza de malas costumbres*<sup>22</sup>. La lengua hubo de dejarla y poner en su lugar a *fille* fem. de *fil*. Pero la misma idea que había manchado a la anterior manchó también a esta, y para restituirle su brillo fue menester añadirle un epíteto, *jeune fille*. Pero esta forma es insuficiente porque no puede decirse por ejemplo de una joven de 25 años: la lengua formará entonces la extraña denominación *une jeune personne*».

«Nuestra lengua —añade Darmesteter—, hay que confesarlo, no ha sabido salir airosa de la dificultad en que se metió ella misma».

---

<sup>22</sup> También en cast. *garzón* pasó del sentido de ‘mozo’ al de ‘mozo disoluto’. «Legavanse a ell cuantos malfechores et garçones e travieros avie en la villa» (Prim. Crón. Gral.) > *garçonear* = llevar vida disoluta. Cf. Ramón Menéndez Pidal, «Elena y María». *Revista de Filología Española*, cuaderno 1.º, 1914, p. 88.

Ni es menester, para que se envilezca una palabra, que signifique algo indecoroso o humillante. Los casos son muy variados, como se verá por los ejemplos: *aparejo*, *aparejar* eran antaño palabras de solar noble; hoy nos suenan a *albarda*.

*Pedante* fue en su origen sinónimo de *pedagogo* (v. *Llave del griego*, coment. n. 50).

*Déspota*, *tirano* significaban en la antigüedad *amo* y *rey*; y aun *rex* entre los romanos vino a significar 'tirano' (*ibidem*, coment. n. 295).

*Grotesco* era en italiano, de donde nos vino, un epíteto elegante (*ib.*, coment. n. 428).

*Ubre* < *ubera*, en latín palabra noble, pasó al castellano degradada a los animales.

La palabra *simplex* parece condenada a degenerar en mofa. Cast. *simple*, fr. *simple*, al. *einfältig*, ingl. *silly* (< angl. saj. *Saelig* < al. *selig* = feliz, tranquilo, inofensivo) son todas voces que significan *tonto*.

*Pescuezo*, *orejas* eran palabras finas en el siglo XVI, que hoy nos van pareciendo bastas, y tendemos a sustituirlas por *cuello*, *oídos*.

*Behetría* era una clase de señorío; luego, por el fin de pleitos y desórdenes a que daba margen, vino a ser *behetría* sinónimo de *trastorno*, *confusión*, *revuelta*.

Hay cierta tendencia a convertir en insultos, voces inofensivas: *imbécil*, *necio*, *bolonio*, *Babieca* y otras muchas de la serie, eran en otro tiempo aristocráticas: (*imbecillus* = *débil*; *nescius* = *extraño a alguna cuestión*; *bolonio* = *estudiante de Bolonia*; *Babieca* = *el caballo del Cid*).

#### 4. Pérdida

Pueden perderse las palabras por dificultad morfológica, por homofonía y por ignorancia.

A) DIFICULTAD MORFOLÓGICA. Al aparecer leyes nuevas en la formación de las palabras no todos los elementos se amoldan a estas leyes y en ese caso desaparecen: un ejemplo muy claro nos ofrece el latín vulgar, en el cual los sufijos para conservar su fuerza y ser de tales sufijos tenían que estar acentuados, y así los que conforme a las leyes fonéticas no podían llevar acento fueron sustituidos por otros acentuados: era muy común en latín clásico el sufijo diminutivo *-ulus*; el pueblo lo sustituyó por *-ellus* y *-eolus*, *-iolus*, hechos en latín vulgar *-iolum*.

en vez de	<i>anulus</i>	dijo	<i>anellus</i> , ‘anillo’
» »	<i>navicula</i>	»	<i>navicella</i> , ‘navecilla’
» »	<i>monticulus</i>	»	<i>monticellu</i> , ‘montecillo’

Y en las voces con *-ulus* que no dejó olvidar, olvidó el sentido diminutivo. Así en *auricula*, *genuculum*,



*ovicula, vermiculum, oculus, tegula, novacula* de donde vienen las castellanas *oreja, hinojo, oveja, bermejo, ojo, teja, navaja*.

B) HOMOFONÍA. Dos palabras distintas pueden al sujetarse a las leyes fonéticas resultar homófonas. Entonces es muy frecuente que una de ellas se pierda, por lo general la menos usual.

Es probable que esta haya sido la causa de perderse las palabras siguientes en castellano:

<i>fidem</i> = lira,		<i>por encontrarse con</i> <i>fe</i> < <i>fidem</i>
<i>avere</i> = desear,	»	» haber < <i>habere</i>
<i>habenam</i> = rienda,	»	» <i>avena</i> < <i>avena</i>
<i>virum</i> = varón,	»	» <i>vero</i> (ant. por <i>verdadero</i> < <i>verum</i> )
<i>suem</i> = cerdo,	»	» <i>su</i> < <i>sus</i>

A veces subsisten hasta cierto tiempo los dos homófonos, hasta que uno acaba por caer.

*Plaga* ‘región’, y *plaga* ‘llaga’ subsistieron hasta el medio latín, época en que *llaga* se perdió en la primera significación; *huebos* = ‘necesidad’ < *opus*, sale con frecuencia en el poema del Cid<sup>23</sup>; tal vez cedió al homófono *huevos* < *ovum*.

---

<sup>23</sup> «Nos huebos habemos en todo de ganar alago», v. 123. Cf. vv. 1787, 2639, etc.

Este perderse las palabras por homofonía lo estamos viendo hoy por nuestros ojos en Colombia. Como en América la *z* se pronuncia *s*, para nosotros son homófonas *caza* y *casa*, *cazo* y *caso*, *cebo* y *sebo*, *ensalzar* y *ensalsar*, *riza* y *risa*, etc. Es muy natural que evitemos este inconveniente, que cuando una de las palabras es ridícula resulta doblemente grande, y digamos, por *caza*, *cacería*; por *cazo*, *perol*; por *cebo*, *carnada*; por *ensalzar*, cualquiera de sus muchos sinónimos, y lo mismo por *riza*. La *f* inicial seguida de *ue* la ha trocado el pueblo bajo bogotano, como el de Castilla, en *j*; y así dice *juerza*, *juente* por *fuerza*, *fuelle*. La palabra *fuego*, vino de este modo a coincidir con *juego*. El pueblo la va dejando a un lado, y en vez de *fuego* dice *candela*; *prender candela* = *hacer fuego*. El sentido que en España tiene *candela*, lo expresa con la voz *vela* y otras equivalentes.

Las leyes fonéticas en el SO de Francia habían convertido la voz latina *cattus* = gato, en *gat*, y *gallus* = gallo, en *gall*. La *ll* final empezó entonces a convertirse en *t*; v. gr. de *coll* (< *collum* = cuello) se formó *cot*. De *gall* tenía que formarse *gat*. Pero de este modo dos animales domésticos tan comunes como gato y gallo se hubieran confundido en un mismo nombre con no pequeño inconveniente. Los buenos campesinos

evitaban dar al gallo su nombre para evitar confusión, y empezaron a llamarle pintorescamente *vicario*, *faisán* y de otras maneras. Pero prevalecieron las dos indicadas, y hoy día el nombre del gallo en el extremo SO de Francia es *aza* = faisán y un poco más al norte *bigey* = vicario<sup>24</sup>.

Darmesteter, p. 162, pretende que en tiempo de gran revolución fonética, como fueron los siglos de la Edad Media para las lenguas romances, puede acontecer que algunas palabras se resistan a las nuevas tendencias poco a poco e inconscientemente seguidas por el pueblo, y que en tal caso abandona el pueblo la palabra rebelde y la sustituye por otra. Esta opinión no ha encontrado confirmación en la historia de las lenguas: la dificultad fonética solo puede existir en voces exóticas trasplantadas de repente a ajeno idioma, y entonces puede ser causa de que la palabra no se admita; las palabras tradicionales se van modificando insensiblemente al compás de las leyes fonéticas, de suerte que nunca puede llegar un momento en que una voz tradicional esté en pugna con las leyes fonéticas de su lengua. Por tanto, la dificultad fonética

---

<sup>24</sup> *Études de géographie linguistique d'après l'Atlas linguistique de la France*, de J. Gilliéron y M. Roques. París, 1912. Carta XII, p. 128. En la misma obra pueden verse otros curiosos ejemplos.

nunca puede ser la causa de que se pierdan las palabras. Basta conocer la naturaleza de las leyes fonéticas para comprenderlo.

c) IGNORANCIA. Tratándose sobre todo de objetos que no son de uso continuo, es, por desgracia, muy frecuente que ignoremos los recursos de nuestra lengua. Como por otra parte, de algún modo nos hemos de dar a entender, salimos del paso como podemos, aunque sea estropeando al pobre castellano, si es que no maldiciendo de su pobreza.

Después de enumerar Menéndez Pelayo una serie de autores castellanos que en los Siglos de Oro escribieron sobre ciencias y artes, añade en la página 38 del prólogo a Fitzmaurice-Kelly:

Insisto tanto en esta materia, no porque deje de comprender que en una historia literaria deben ocupar el mayor espacio las obras de arte puro, las creaciones poéticas en el más amplio sentido de la palabra, sino porque la omisión total de las restantes manifestaciones puede hacer caer a muchos en el vulgar error de suponer que nuestra literatura de los dos grandes siglos se reduce a novelas, dramas, versos líricos y libros de devoción, siendo así que no hubo materia alguna que en castellano no fuese tratada y enseñada, con más o menos acierto en cuanto a la

doctrina, pero muchas veces con gallardía y desembarazo, con un vocabulario netamente castizo que, por desgracia, *hemos olvidado y sustituido por la jerga franca de las traducciones al uso*. Es cierto que este daño no puede atajarse en un día, dada nuestra secular postración y creciente abatimiento; pero algo podría remediarse si nuestros hombres de ciencia, cuya educación hoy por hoy no puede menos de ser extranjera, interpolasen sus arduas labores con el recreo y curiosidad de la lectura de nuestros libros viejos (como ya comienzan a hacerlo algunos), pues suponiendo que nada tuvieran que aprender en cuanto a la materia, aprenderían por lo menos los nombres castellanos de muchas cosas, y quizá se animasen a imitar aquella manera llana, viva y familiar de nuestros antiguos prosistas, que hace agradables aun para el profano libros que por su contenido no lo serían en modo alguno. Y esto se aplica, no sólo a los libros graves de ciencias o artes, sino a los de apariencias más frívolas, a los de juegos, ejercicios y deportes, caballerescos y populares, como la equitación, la esgrima, la caza y hasta el baile. En todos estos géneros tiene la lengua castellana preciosidades.

Al escritor hay derecho a exigirle que conozca a fondo la lengua en que escribe. No así al vulgo de los diversos pueblos que hablan una misma lengua, por

ejemplo, el castellano. Hay un caudal común de palabras que guardan todos fielmente. Pero a otra multitud de cosas secundarias cada uno le da nombre a su gusto. Cada región, y aun cada pueblo, maneja el caudal común independientemente, hasta cierto punto, de los demás<sup>25</sup>.

Por aquí se verá que gran parte de las llamadas voces anticuadas no lo son sino por la incuria de los escritores, y solo esperan que autores diligentes las saquen de los pergaminos en que yacen injustamente olvidadas, para ponerlas nuevamente en circulación. No quiere esto decir que no haya palabras verdaderamente anticuadas. Arriba hablamos de las palabras que desaparecen con las cosas que significan. Aquí añadiremos algo sobre el *arcaísmo*.

### 5. *Arcaísmo*

No es este *causa* de que se invente una nueva expresión, como lo son las que hasta aquí hemos examinado, sino *efecto* de la multiplicación de las expresiones.

El arcaísmo antecedente a la expresión homóloga, o sea el hecho de que se arrumbe una palabra sin dejar

---

<sup>25</sup> Sobre las diferencias entre el lenguaje popular y el de los escritores, *cf.* Paul, c. XXIII.

reemplazo, lo hemos llamado *ignorancia*, no es fenómeno natural de la lengua, sino culpa nuestra.

El arcaísmo propiamente dicho es efecto de la multiplicación de expresiones sinónimas. Hemos visto que el pueblo multiplica las palabras para expresar una misma idea con una pequeña diferencia de matices. En este caso pueden suceder tres cosas: 1.<sup>a</sup>, que las palabras se conserven frescas, expresando su matiz correspondiente; 2.<sup>a</sup>, que una palabra se descolore y no llene un vacío, sino que ocupe un lugar para el que ya hay otras expresiones equivalentes; 3.<sup>a</sup>, que uno de los sinónimos dé mejor la idea de que se trata, o sea más cómodo por cualquier otra razón.

En el primer caso la palabra tiene asegurada su existencia.

En el segundo la palabra puede vivir aún por largo tiempo al lado de las otras que le son *perfectamente* sinónimas; pero está en peligro. La lengua tiende a la sencillez no menos que a la elegancia. No gasta lujos inútiles<sup>26</sup>. De modo que, o hace una diversificación de las voces sinónimas (v. adelante, c. XIII, 2) o deja a un lado una o más de ellas.

---

<sup>26</sup> Cf. Paul, p. 251.

En el tercer caso uno de los términos queda por lo general arrinconado y vencido. Nadie usa una palabra menos buena cuando puede usar otra mejor. Por aquí se verá que los términos de veras anticuados no tienen esperanza de resucitar, sino en el caso de que se presenten como palabras nuevas, a llenar alguno de los vacíos que vamos exponiendo.

Para conocer qué palabras tienen generalmente más seguridad de triunfar, conviene tener presente para qué clase de expresiones guarda generalmente el pueblo su predilección.

En primer término están las diminutivas, las intensivas y las despreciativas y grotescas. Así en latín vulgar:

*auris*, cedió ante el diminutivo *auric(u)la* > oreja

*genu*           »           »           *genuc(u)lu* > hinojo

*culter*           »           »           *cultellum* > cuchillo

*talus*, fue sustituido por el intensivo *talonem* > talón

*arcus*           »           »           *arcionem* > arzón

*Edere* se abandonó por el grotesco *manducare*, grabado en la memoria del vulgo por la enorme boca del *Manducus* de la antigua comedia latina; a *equus* se prefirió *caballus* que era el caballo de carga o de tahona; por *crus* usaron *perna* que significaba nalga; por *domus* se empleó *casa*, voz de origen osco, que



equivalía a choza, barraca; a *cutis* se prefirió *pellis* > piel, y ahora piel va cediendo en el vulgo a sus derivados *pellejo*, *pelleja*.

Otra de sus preferencias la tiene el vulgo con las palabras en que distingue claro el prefijo o la terminación modificadora del sentido, por las cuales deja sin pena perder las equivalentes en que no ve el elemento matizador: así *cuer* cedió a *corazón*; *fallir* a *fallecer*; *cuntir* a *contecer*, *acontecer*; *bastir* a *abastecer*; *establiir* a *establecer*; *endurir* a *endurecer*; *embravir* a *embravecer*; esta es una de las causas de que los verbos en *-ear* vayan sobreponiéndose a los en *-ar*: *colorear* a *colorar*, *forcejear* a *forcejar*, *balbucear* a *balbucir*, *martillear* a *martillar*, *atenacear* a *atenazar*.

Con lo dicho hasta aquí he dado una idea de las fuentes que de continuo enriquecen la corriente del lenguaje. Porque, en efecto, fuera del primero y del último punto que he tocado, los cuales explican por qué y cómo mueren las palabras, a saber, porque desaparece la cosa que significaban o porque no pueden resistir la concurrencia de otra voz sinónima de más pujante vida, todos los demás son causas de fecundidad y principios de activo crecimiento.

Nuevos objetos que vienen a conocimiento nuestro; aplicaciones nuevas de objetos antiguos; las

incesantes mudanzas de las cosas, que se ofrecen a cada paso con nuevo aspecto a nuestros sentidos; el continuo desarrollo de los humanos conocimientos que sin cesar aumenta y aclara, distingue y analiza los conceptos; los diversos matices que cada uno puede dar a sus ideas, y los variadísimos sentimientos que conmueven y agitan nuestro ánimo; he aquí las causas que dan razón del frondoso desenvolvimiento semántico de las lenguas cultas.

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- BALLY, DR. CH. *Traité de stylistique française* (dos tomos).  
Heidelberg, 1909, C. Winter.
- DARMESTER, A. *La vie des mots étudiée dans leur significations*. 8.<sup>a</sup> ed. Paris, Ch. Delagrave.
- HECHT, DR. M. *Die griechische Bedeutungslehre*. Leipzig,  
1888, Teubner.
- MEILLET, A. *Comment les mots changent de sens*. (L'année sociologique. Paris, 1905-1906).
- MENÉNDEZ PIDAL, R. *Cantar de Mio Cid*. Texto, gramática y vocabulario (tres tomos). Madrid, 1908-1911, Bailly-Baillière.
- MEYER-LÜBKE, W. *Romanisches Etymologisches Wörterbuch*.  
Heidelberg, 1911-1914, C. Winter.
- NYROP, KR. *Grammaire historique de la langue française*. Tome 4.<sup>e</sup> Sémantique. Copenhague, 1913. Gyldendal.
- PAUL, H. *Prinzipien der Sprachgeschichte*. 4.<sup>a</sup> ed. Halle, 1909, Niemeyer.
- STÖCKLEIN, DR. J. *Bedeutungswandel der Wörter*. München, 1898, Lindauer.









